

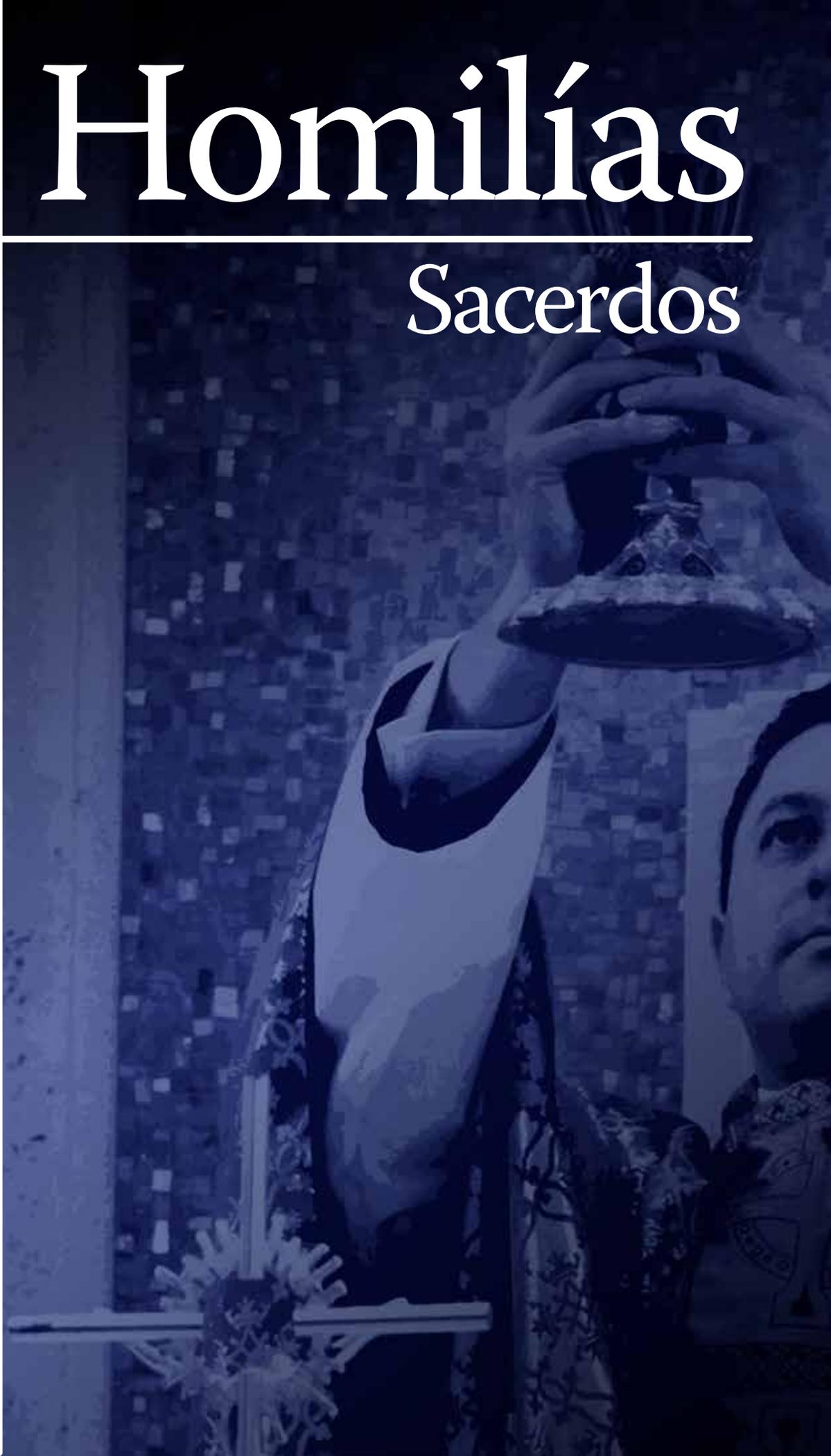
Homilías

Sacerdos

• OCTUBRE, NOVIEMBRE, DICIEMBRE | 2018

#131

www.centrologos.org



INTRODUCCIÓN



P. Antonio Rivero, L.C.

Doctor en Teología Espiritual,
profesor de Humanidades
Clásicas en el Centro de
Noviciado y Humanidades
y Ciencias de la Legión de
Cristo en Monterrey (México).

Estimados hermanos en el sacerdocio:

Saco a la luz mi segundo libro –ciclo B- sobre los comentarios a la liturgia dominical, con el anhelo de ofrecer alguna luz sobre la insondable riqueza que la Iglesia nos brinda cada domingo con los textos de la Sagrada Escritura.

Como dije en la introducción del libro del ciclo A, estos comentarios que presento no son propiamente homilías. Son sugerencias para que quien los lea pueda sacar algún provecho para su propia vida o para la predicación, en el caso de que sea un ministro sagrado –obispo, sacerdote, diácono-.

Me gusta siempre dar una sola idea tomada de las lecturas de ese domingo. Idea que suelo desarrollar y desentrañar en tres aspectos, donde trato de mezclar el *aspecto kerygmático o de anuncio*, en el que tanto insiste el Papa Francisco, aterrizando después discretamente en la parte *parenética o moral*, que tanto gustaba a san Pablo en sus cartas, después de haber presentado la riqueza insondable del misterio de Cristo. Así llevamos ese mensaje eterno salvífico a la vida de nuestros hermanos que nos oyen o nos leen.

Soy consciente de la importancia que tiene la homilía. ¡Cuántas veces el papa Francisco ha aconsejado, y casi diría, llamado la atención, a los sacerdotes para que preparemos muy bien la homilía! Dice en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* lo siguiente: *“La homilía es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo. De hecho, sabemos que los fieles le dan mucha importancia; y ellos, como los mismos ministros ordenados, muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar. Es triste que así sea. La homilía puede ser realmente una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, una fuente constante de renovación y de crecimiento”* (n. 135)...*“debe ser breve y evitar parecerse a una charla o una clase”* (n. 136).

Si estos comentarios que comparto aquí ayudan a más de alguno, me doy por satisfecho y agradezco a Dios la oportunidad de colaborar con mis hermanos sacerdotes a mejorar la homilía dominical y festiva.

P. Antonio Rivero, L.C.

El evangelista que nos acompañará en este ciclo B será san Marcos. Es el evangelio más breve de los cuatro. Marcos centra todo su libro en la persona de Jesús, en su conducta, sus hechos y dichos, su personalidad, los conflictos que tuvo con las autoridades de su tiempo, su estrecha relación con los discípulos. No pretende sistematizar su doctrina, sino presentar su persona, sus reacciones e intenciones. Presenta a Jesús como una figura viva y humana, pero claramente como Mesías e Hijo de Dios. Y presenta también la vida de la comunidad cristiana: sus preocupaciones y dificultades, y sus esfuerzos por comprender y seguir a Jesús. Por eso presenta al Mesías que predica, que cura, que libera del mal, pero a la vez Mesías que es perseguido y humillado, y que al final triunfará en su resurrección.

Retrata también, narrando la actitud de los primeros discípulos, el perfil de los buenos seguidores de Jesús. En todo el evangelio se describe la estrecha relación de Jesús con sus discípulos, a los que acompaña en su lento proceso de maduración y cambio de mentalidad, y a los que envía a una misión continuadora de la suya.

A estos discípulos, hombres y mujeres, los presenta Marcos como modelos para las generaciones siguientes. También nosotros, en el siglo XXI, nos vemos reflejados en ellos: personas de buena voluntad, que intentan creer y seguir a Jesús, pero débiles, lentos en comprender la identidad y las intenciones del Maestro y, en los momentos claves, cobardes y miedosos.

Seguir a Cristo es difícil, nos da a entender Marcos. Tenemos que aceptar la cruz. Hay que ser cristianos también en los momentos difíciles. Cruz que es el camino y medio para llegar a la luz de la resurrección.

El evangelio de Marcos nos interpela. No nos cuenta, para curiosidad histórica, qué pasó entonces. Sino que nos provoca continuamente a que pensemos: ¿y a mí qué me dice Jesús en este episodio, con estas palabras? ¿Qué debo yo cambiar para ser auténtico discípulo de Cristo?



Idea principal: *La naturaleza religiosa del matrimonio.*

Síntesis del mensaje: Hoy el mensaje litúrgico podría resumirse así: *la naturaleza religiosa del matrimonio.* No es sólo una institución natural. Desde el inicio está marcada por la mano de Dios. La creación del hombre y la creación del matrimonio son simultáneas; tienen la misma fuente: el Dios de Vida; y la misma meta: comunicar vida. Si Dios es la fuente de toda vida, el matrimonio, también al dar vida a nuevos hijos, tiene que ver con Dios; tiene una naturaleza religiosa. El divorcio, por tanto, nunca entró en los planos de Dios. Este mensaje dominical viene muy bien a unos días de celebrarse en Roma el sínodo ordinario de la familia.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, el matrimonio no es sólo una institución sociológica, o algo privado entre el hombre y la mujer. El matrimonio es compartir el poder de Dios de comunicar vida a otros; por lo tanto tiene una *naturaleza religiosa*. De ahí que Cristo en el evangelio defienda esta característica del matrimonio, prohibiendo el divorcio que nunca entró en los planos de Dios. La fidelidad es una cualidad bien conocida en el matrimonio cristiano y, ciertamente, en cualquier matrimonio realmente humano. Hay muchas razones para mantener el principio de inseparabilidad en el matrimonio. Dos razones apunto. Primera, está en la naturaleza del amor el ser fiel y verdadero el uno al otro, y permanentemente. El hombre y la mujer son los únicos seres en la tierra que pueden comprometerse para siempre. En esto también son imagen de Dios. Y segunda: la fidelidad permanente en el matrimonio es la única respuesta para mantener su estabilidad como institución, tan esencial para la formación de los hijos. Por eso, no sólo la enseñanza de Jesús, sino la experiencia

humana confirma los valores religiosos del matrimonio. Es por eso que el matrimonio es un sacramento, fuente de gracia divina.

En segundo lugar, ¿por qué entonces muchos matrimonios no viven esta *dimensión religiosa* en sus vidas? Muchos matrimonios andan hoy que no pueden con su alma. Han perdido, si es que lo tuvieron, o han olvidado, si es que lo vivieron, el espíritu de sacrificio, elemental e indispensable para aguantar mecha los influjos de la sociedad, los roces de la convivencia y las crisis de la vida. La crisis de la *primavera matrimonial*: la *crisis de la desilusión*, que aparece en el segundo o tercer año de matrimonio; se creía que todo sería color de rosa. No se había experimentado la convivencia diaria, los roces diarios, los defectos diarios. En el noviazgo sólo se ven las rosas; nunca las espinas. La *crisis del verano matrimonial*: la crisis del silencio. Si el marido y mujer, en vez de avanzar uno en dirección al otro, superando las decepciones inevitables que surgen en el transcurso de los primeros años, se atrincheran en el silencio y en el conformismo, entran, más o menos en esta época, en una etapa decisiva. Si el demonio mudo se apodera de ellos, conjugando sus esfuerzos con los estragos del tiempo, caen ambos en una especie de letargo. La *crisis del otoño matrimonial*: la de la indiferencia. Ha pasado el tiempo y ha paralizado el amor, e incluso lo ha matado. La *crisis del invierno matrimonial*: la *pérdida*. Se pierde el pelo, la buena presencia, la salud, la memoria, el dinero, los aplausos de ayer. Se pierden los seres queridos, a quien tanto amábamos. Vamos a la tumba. Y esto es doloroso y sangrante.

Finalmente, tiene que quedar claro hoy lo siguiente: el matrimonio, todo matrimonio, es el derecho natural del hombre y de la mujer a casarse; derecho natural que,

por ser Dios el fundador, *es de derecho divino y tiene naturaleza religiosa*. Derecho divino en que, por ser de Dios, Dios manda, dispone y gobierna. O lo que es maravilloso: el matrimonio es uno, fiel, irrompible, irrepetible, inseparable, vitalicio...como el amor, como la vida, como Dios. Los cristianos, por ser portadores de la fe, de la gracia y del Espíritu, automáticamente elevan el matrimonio civil a sacramento. Ni siquiera los casados por lo civil tampoco pueden divorciarse. Si se casaron porque su conciencia les dio el visto bueno, sin impedimento dirimente alguno que obstaculizase la validez del matrimonio, si su voluntad fue casarse de una vez por todas y para siempre...no hay divorcio que valga.

Para reflexionar: ¿Viven todo esto nuestros matrimonios de hoy? ¿Por qué algunos matrimonios optan por el divorcio? ¿Qué hacer ante las crisis que vendrán para madurar los matrimonios?

Para rezar:

*Señor, Padre santo,
Dios omnipotente y eterno,
te damos gracias y bendecimos
tu santo Nombre: tú has creado
al hombre y a la mujer
para que el uno sea para del otro
ayuda y apoyo. Acuérdate hoy de nosotros. Protégenos
y concédenos
que nuestro amor sea entrega
y don, a imagen de Cristo y de la Iglesia.
Ilumínanos y fortalécenos en la tarea
de la formación de nuestros hijos,
para que sean auténticos cristianos
y constructores esforzados de la
ciudad terrena. Haz que vivamos
juntos toda nuestra vida, en alegría y paz,
para que nuestros corazones
puedan elevar siempre hacia ti,
por medio de tu Hijo en el Espíritu Santo,
la alabanza y la acción de gracias. Amén.*



Idea principal: *¿Dónde está la verdadera sabiduría?*

Síntesis del mensaje: Todas las lecturas de hoy nos hablan de la *sabiduría*. De manera explícita, la primera lectura, el salmo responsorial y la aclamación al evangelio. El evangelio del joven rico aunque nada dice a primera vista sobre la sabiduría, sin embargo, ese joven al preguntar sobre cómo conseguir la vida eterna quiere saber (sabiduría) sobre lo más importante en la vida. La verdadera sabiduría está en seguir a Cristo crucificado, que para muchos es escándalo y locura. Para nosotros, fuerza y sabiduría de Dios.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, tenemos la *falsa sabiduría*. Muchos hombres se han construido a lo largo de los siglos una sabiduría humana a su modo, cuando dejaron la sabiduría divina que podían haber aprendido en el gran libro de la Creación y en el libro revelado de la Sagrada Escritura. Para los *judíos*, esa sabiduría humana se llamaba la ley; no la ley expresión auténtica de la voluntad de Dios, sino la ley transformada en fuente de jactancia, de falsas seguridades, una ciencia más que una sapiencia; ley sin el alma de la caridad. Para los *paganos* –los griegos– la sabiduría humana se llama *filosofía*, y cuyo ídolo es aquella sabiduría que no tiene en el centro, como explicación y fin de todo, a Dios, sino al hombre. Así lo expresó el sofista griego, Protágoras, en el siglo V a.C.: “*El hombre es la medida de todas las cosas*”. El apóstol Santiago nos dirá duramente en su carta que esta falsa sabiduría tiene estas características: “*es terrena, salvaje, demoníaca*” (3, 15). Entiéndase bien, sabiduría humana sin apertura a la trascendencia y a los valores del espíritu. ¿No nos suenan conocidos tantas entrevistas y libros ideológicos donde se ataca a Dios y a la religión, al matrimonio y

a la familia, a la moral y a la ética? Esta falsa sabiduría banaliza el sexo, se ríe de la virtud y entroniza el placer, el relativismo, la moral de situación y las nuevas ideologías locas y antinaturales, que han tocado ya las puertas de tantos Parlamentos, Cámaras de diputados y Congresos, y hasta a las puertas sacrosantas del sínodo ordinario de la familia que ha comenzado este 4 de octubre. ¡Librenos Dios de esta falsa sabiduría que conduce a la necedad radical!

En segundo lugar, tenemos la *auténtica sabiduría*. En Cristo, la sabiduría de Dios se ha hecho carne y habitó entre nosotros. Jesús es el Logos, es decir, la Palabra del Padre. Palabra encarnada que viene a enseñarnos la ternura y el cariño de Dios, el pensamiento y los criterios de Dios, el camino de realización humana y espiritual, de la justicia y paz. ¡Lástima que esta sabiduría de Dios en Cristo es signo de contradicción! Los sabihondos orgullosos de este mundo no la aceptan; más bien, protestan y la rechazan. Por el contrario, los humildes se sientan a los pies de Cristo y aprenden esta sabiduría divina. Dios esconde sus misterios a los soberbios con ínfulas de sabios; y a los sencillos, se los revela (cf. Mt 11, 25-26). El apóstol Santiago nos dirá también en su carta las características de esta auténtica sabiduría: es pura, pacífica, dócil, comprensiva, piadosa, produce buenos resultados, no discrimina ni es mentirosa (3,17). Esta sabiduría no consiste en saber muchas cosas, sino en ponerse los lentes del Evangelio para tomar conciencia y salir airosos en el “desierto” de las tentaciones sociales y espirituales. ¡Denos Dios esta verdadera sabiduría que nos hace sabios según el evangelio!

Finalmente, resumamos: la sabiduría se encuentra en Jesús y con Jesús. Para obtenerla, es preciso ir a Jesús y seguirlo. La *sabiduría auténtica* y que viene de lo alto es la sabiduría

de Dios en Cristo crucificado (1 Co 1, 24). La condición para hacerlo nos la da el evangelio de hoy: vender todo, es decir, renunciar a apoyarse en cualquier otra fuente de seguridad, sea material, como la riqueza; sea religiosa, como el cumplimiento frío y sin alma de la ley. ¿Para qué todo ese esfuerzo por desprenderse de fardos pesados? Para seguir a Cristo. ¡Aquí está la verdadera sabiduría! ¡En seguir a Jesús que es la auténtica riqueza, el sentido profundo de la vida, la felicidad que todos buscamos, la paz del corazón y el camino de la justicia y honestidad! Descubrir a Jesús es dejar de ser necio y comenzar a ser sabio. Jesús es quien nos explica toda la riqueza de su Padre celestial. Nos la explica para nuestra mente y nos la hace saborear en el corazón. Los dominadores de este mundo se alían, en nombre de la sabiduría, para eliminar esta nueva sabiduría venida para desbaratar todos los planes y todos los valores, que privilegia a los débiles, socava los poderes y predica libertad. Ellos crucifican al *“Señor de la gloria”* (1 Co 2, 8), porque les resulta locura y escándalo, porque es una sabiduría que está clavada en la cruz con dos palos: uno vertical que se eleva al Cielo para reconciliarnos con Dios, y se clava en la tierra para redimirla y sanarla. Y otro, horizontal, extendido a todos los puntos de la tierra, porque somos hermanos en Cristo, todos de la misma dignidad. ¿Quién entiende todo esto? Sólo los que tienen la verdadera sabiduría que emana de Cristo y este Crucificado.

Para reflexionar: Así nos dice la carta de Santiago: *“Si a alguno de vosotros le falta sabiduría, pídala a Dios, y la recibirá, porque él da a todos generosamente y sin reproches. Pero que pida con confianza y sin dudar...”* (1, 5-6). La filósofa alemana Edith Stein, primero judía, después monja carmelita, y hoy santa Teresa Benedicta no sólo escribió páginas profundas sobre la *“ciencia de la Cruz”*, sino también recorrió hasta el fondo el camino hacia la escuela de la Cruz. Muchos contemporáneos nuestros quisieran hacer callar a la Cruz. *¡Pero nada es más elocuente que la Cruz que se hace callar! El verdadero mensaje del dolor es una lección de amor. El amor hace ser fecundo el dolor y el dolor da profundidad al amor.* Mediante la experiencia de la Cruz, Edith Stein pudo abrirse paso hacia *un nuevo encuentro con el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, Padre de nuestro Señor Jesucristo.* La fe y la cruz le revelaron su carácter inseparable. Y murió mártir en el campo de concentración nazi de Auschwitz por predicar la sabiduría auténtica.

Para rezar: Señor, hazme sabio para ti, aunque el mundo me considere necio. En tu cruz está la verdadera sabiduría

que quiero aprender cada día y dar testimonio de ella.



Idea principal: *La verdadera grandeza y liderazgo está en servir, no en dominar, a ejemplo de Jesús que vino a servir y no a ser servido.*

Síntesis del mensaje: El domingo pasado aprendimos dónde está la auténtica sabiduría. En este domingo, Jesús nos enseña dónde está la verdadera grandeza y liderazgo del seguidor de Cristo: en servir (evangelio), aunque esto suponga pruebas y sufrimientos (1ª y 2ª lectura).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿cómo concibe en general nuestro mundo social y político el uso de la autoridad, los ministerios, los roles y funciones? De ordinario escuchamos estas palabras: promoción y honor, ambición y prestigio, dominio y tiranía. Megalomanía, arbitrariedad, tiranía: ahí tenemos la definición de muchos reinos e imperios de la historia pasada: Nerón, Servio Sulpicio Galba, Vespasiano... Es decir, *"cuántos súbditos tengo para mandar, cuántos cañones para disparar, cuánto dinero para gastar"*. Ambición, megalomanía, explotación (dictatorial, republicana, democrática...): ahí tenemos la definición de algunos Estados y naciones en la historia contemporánea. Es decir: *"a cuántos tengo que pisar para trepar, qué impuestos poner para adelgazar a los que tienen y cebar a los cofrades del partido, cuánta loza tengo que romper y corromper de religión, moral, matrimonio, familia, hijos para mantenerme en el sillón"*. Y, desgraciadamente, no sólo en el campo social y político, sino también familiar o comunitario y eclesial, puede pasar todo esto. Está siempre ahí la tentación de dominar y tiranizar a los demás, si se dejan.

En segundo lugar, ¿cómo debe concebir el seguidor de Cristo la autoridad? En clave de *servicio*, nunca en clave

de dominio. Ahora entendemos por qué Jesús dejó bien claro a esos apóstoles que querían los mejores puestos –las carteras ministeriales y puestos de relumbrón– que ese no era el camino del auténtico seguidor suyo. Primero hay que pasar por la cruz y el sufrimiento. Y siempre en actitud de servicio humilde. La Iglesia, toda entera, como comunidad de Jesús, debe ser servidora de la Humanidad, y no su dueña y señora. No apoyada en el poder, sino dispuesta al amor servicial, animada por el ejemplo de Jesús en el lavatorio de la Última Cena, oficio de esclavos. Lección difícil y dura para aprender. Pero Jesús ajusta bien las cuentas a sus seguidores ahora. De lo contrario, después son capaces de organizar la Iglesia como un imperio, un reino, un Estado...civiles. Cristo quiere una Iglesia, no que manda a súbditos, sino que sirve a hijos de Dios. Cristo quiere una Iglesia que ofrezca y facilite la salvación y no que la controle y la tase.

Finalmente, miremos a Cristo, nuestro ejemplo supremo. No quiso prerrogativas, ni ambiciones. Se rebajó, se anonadó, se arremangó y se arrodilló y nos lavó los pies. Vino a servir, y no a ser servido. Sirvió a su Padre celestial. Sirvió a María y a José, sus padres aquí en la tierra. Sirvió a la humanidad, curando, alentando, dándoles de comer, predicándoles el mensaje de salvación. Nada quiso a cambio. Vino para dar la vida en rescate por todos. Donde rescate equivale a liberación del pecado y del cautiverio del demonio, pero también liberación de la estructuras sociales, políticas, económicas, religiosas, sindicales... opresoras del hombre. Cristo no es un caudillo divino que se abre camino venciendo enemigos políticos e instaurando un Reino de Dios político, no un dominador sino un servidor; no un vencedor sino un vencido y rendido por amor.

Para reflexionar: ¿Cómo me comporto en el pequeño

o gran territorio de mi autoridad familiar, profesional, eclesial: sirvo como Jesús o tiranizo y oprimo como los grandes de esta tierra? Reflexionemos en esta frase de la Madre Teresa de Calcuta: *“El fruto del silencio es la oración. El fruto de la oración es la fe. El fruto de la fe es el amor. El fruto del amor es el servicio. El fruto del servicio es la paz”*. Reflexionemos también en este texto del Papa Francisco: *“no debemos olvidar nunca que el verdadero poder, en cualquier nivel, es el servicio, que tiene su vértice luminoso en la Cruz. Benedicto XVI, con gran sabiduría, ha recordado en más de una ocasión a la Iglesia que si para el hombre, a menudo, la autoridad es sinónimo de posesión, de dominio, de éxito, para Dios la autoridad es siempre sinónimo de servicio, de humildad, de amor; quiere decir entrar en la lógica de Jesús que se abaja a lavar los pies a los Apóstoles (cf. Ángelus, 29 de enero de 2012), y que dice a sus discípulos: «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan... No será así entre vosotros —precisamente el lema de vuestra Asamblea, «entre vosotros no será así»—, el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo» (Mt 20, 25-27). Pensemos en el daño que causan al pueblo de Dios los hombres y las mujeres de Iglesia con afán de hacer carrera, trepadores, que «usan» al pueblo, a la Iglesia, a los hermanos y hermanas —aquellos a quienes deberían servir—, como trampolín para los propios intereses y ambiciones personales. Éstos hacen un daño grande a la Iglesia”* (Discurso a las religiosas participantes en la asamblea plenaria de la unión internacional de superioras generales, 8 de mayo de 2013).

Para rezar: Señor, líbrame de la ambición y de la tiranía en el trato con mis hermanos. Pon en mi corazón la humildad para que pueda servir a todos con desprendimiento, alegría y generosidad, como Tú.



Idea principal: *Proceso de fe e iluminación de este ciego hasta llegar a Jesús, encontrarse con Él, recibir la curación y seguirlo.*

Síntesis del mensaje: la dinámica de la fe es la esencia del discipulado, porque sólo la adhesión total –la comunión estrecha con el Maestro- hace posible el seguimiento de él en todos los aspectos de la vida. Este hombre ciego y pobre es el modelo del que sabe responder al llamado de Jesús: “¡Ánimo, levántate, el Maestro te llama!” (10,49), pasando del estar “sentado a la orilla del camino” (10,46) al “seguirlo por el camino” (10,52).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, veamos la situación de este ciego. A la orilla del camino, aparece Bartimeo, humilde ciego y mendigo, quien ha ido a acomodarse en el lugar preciso por el que deben pasar los peregrinos. Excluido de la vida religiosa por su misma enfermedad, y estaba solo. En esta época del año, en el que la gente es más generosa, el ciego espera captar más limosnas. Él ya sabe la estrategia para lograrlas, por eso está allí en su “lugar de trabajo”. Ciertas enfermedades –en este caso la ceguera- eran consideradas castigo de Dios. Así, a la situación de ceguera de Bartimeo, se sumaba el prejuicio social. Los ciegos, al igual que otros enfermos y las mujeres, estaban eximidos y excluidos de participar en las fiestas religiosas. Bartimeo es el símbolo del hombre que busca en Jesús la luz de la fe. Y como “*la fe no es propia de los soberbios, sino de los humildes*” (San Agustín, *Catena Aurea* VI, p. 297), este ciego fue premiado. La fe está a punto de hacer ese milagro: el ciego, al dejar su manto, deja tras de sí una “vieja” vida para asumir una nueva detrás de Jesús. Quien estaba al margen del camino, ahora sigue a Jesús, que es el “Camino”.

En segundo lugar, veamos el camino del ciego hacia Jesús. La rutina del mendigo se rompe, y para siempre, cuando toma información y se entera que muy cerca de él pasa Jesús. Proceso: *Primero*, escucha el paso de Jesús; la fe viene por el oído; y de la ceguera pasa a la visión y de la marginalidad en el camino pasa a ser su activo peregrino. Segundo, el grito de la fe: Bartimeo, reconociéndole como Mesías, clama misericordia. Su oración tiene como trasfondo la oración penitencial del Salmo 51 (“*miserere*”, ten piedad), pero también la promesa mesiánica de Isaías 35,2-5: “*se despegarán los ojos de los ciegos*”. Tercero, superación de los obstáculos: además de sus dos primeras limitaciones, su ceguera y su pobreza, es reprimido para que se calle; él es imagen del que entra en el Reino despojado, abandonado con absoluta confianza en la presencia y la palabra de Jesús. El despojo es todavía más radical cuando hace dos gestos: arroja el manto y, dando un salto, va hacia Jesús. El manto es el mayor bien de un pobre, lo único que le queda (cf. Éxodo 22,25-26), es su cobija para la noche, su abrigo para el frío, su recipiente para la limosna. Su salto (¡inaudito para un ciego!) es un gesto de confianza total, expresión de apoyo en la palabra de Jesús. ¿Resultado? El ciego logra su objetivo: Jesús, se detiene ante él y lo llama. El encuentro personal comienza con una pregunta de Jesús: “*¿Qué quieres que te haga?*”. Y termina con la curación. Bartimeo ha cambiado completamente de situación: era ciego y ahora ve, estaba sentado al borde del camino y ahora está en el camino, estaba solo y ahora está con Jesús y su grupo. También podemos suponer que al recobrar la vista e incorporarse a la comunidad habrá dejado de mendigar. Y todo termina con el seguimiento a Jesús. Ahora Jesús tiene un nuevo discípulo, quien ha recibido el don de la vista y se caracteriza por su fe.

Finalmente, y nosotros, ¿qué? Me regocija saber que

Jesús se deja cambiar de rumbo ante mi pedido, que va a detenerse para escucharme a mí, como hizo con este ciego Bartimeo. Pero también pienso que a veces los reclamos de los necesitados me molestan y busco acallarlos o prefiero no oír. Quiero tener como maestro de oración a Bartimeo, que sabía qué pedir, cómo pedir, dónde pedir y no se dejaba tapar la boca ni siquiera por los que estaban cerca de Jesús. Bartimeo pedía limosna, pero cuando Jesús pasó, pidió lo que realmente quería, que era ver. Quiero tener esa franqueza y esa libertad delante de Dios, y pedirle lo que realmente necesito para mi vida. Sin palabrerías ni oraciones floridas ni fórmulas de otros, con mi necesidad.

Para reflexionar: Meditemos este texto de san Gregorio Magno: *“Quien ignora el esplendor de la eterna luz, es ciego. Con todo, si ya cree en el Redentor, entonces ya está sentado a la vera del camino. Esto, sin embargo, no es suficiente. Si deja de orar para recibir la fe y abandona las imploraciones, es un ciego sentado a la vera del camino pero sin pedir limosna. Solamente si cree y, convencido de la tiniebla que le oscurece el corazón, pide ser iluminado, entonces será como el ciego que estaba sentado en la vera del camino pidiendo limosna. Quienquiera que reconozca las tinieblas de su ceguera, quienquiera que comprenda lo que es esta luz de la eternidad que le falta, invoque desde lo más íntimo de su corazón, grite con todas las energías de su alma, diciendo: ‘Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí’”* (Homil. in Ev. 2, 2.8).

Para rezar: Mi Señor, que yo vea con tus ojos, que yo vea el bien y su fecundidad en medio de tantas tinieblas. Que mis ojos de fe provoquen tu obrar misericordioso en beneficio de los pobres pecadores, de las almas. Padre mío, que mi alma se enriquezca con la luz de la fe que brote de unos ojos de fe... que yo vea... que yo te vea en todo y en todos... que mi fe me lance audazmente a confiar ciegamente esperándolo TODO de Ti...



Idea principal: Todos estamos llamados a ser santos por ser bautizados.

Síntesis del mensaje: Hoy celebramos a toda esa multitud innumerable de personas, hermanos nuestros, que ya gozan de Dios y siguen en comunión con nosotros desde el cielo. Es una fiesta que nos llena de alegría y optimismo: si ellos pudieron ser santos, ¿por qué nosotros no? ¿Cuál fue el secreto de su santidad?

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, la fiesta de Todos los Santos nos invita a celebrar, en principio, dos hechos. *El primero* es que, verdaderamente, la fuerza del Espíritu de Jesús actúa en todas partes, es una semilla capaz de arraigar en todas partes, que no necesita especiales condiciones de raza, o de cultura, o de clase social. Por eso esta fiesta es una fiesta gozosa, fundamentalmente gozosa: el Espíritu de Jesús ha dado, y da, y dará fruto, y lo dará en todas partes. *El segundo* hecho que celebramos es que todos esos hombres y mujeres de todo tiempo y lugar tienen algo en común, algo que les une. Todos ellos *“han lavado y blanqueado sus mantos en la sangre del Cordero”*, mediante el bautismo (1ª lectura). Todos ellos han sido pobres, hambrientos y sedientos de justicia, limpios de corazón, trabajadores de la paz (evangelio). Y eso les une. Porque hoy no celebramos una fiesta superficial, hoy no celebramos que “en el fondo, todo el mundo es bueno y todo terminará bien”, sino que celebramos la victoria dolorosamente alcanzada por tantos hombres y mujeres en el seguimiento del Evangelio (conociéndolo explícitamente o sin conocerlo). Porque hay algo que une al santo desconocido de las selvas amazónicas con el mártir de las persecuciones de Nerón y con cualquier otro santo de cualquier otro lugar: los une la búsqueda

y la lucha por una vida más fiel, más entregada, más dedicada al servicio de los hermanos y del mundo nuevo que quiere Dios.

En segundo lugar, celebramos, por tanto, esos dos hechos: que con Dios viven ya hombres y mujeres de todo tiempo y lugar, y que esos hombres y mujeres han luchado esforzadamente en el camino del amor, que es el camino de Dios. Pero ahí podemos añadir también un tercer aspecto: San Agustín, en la homilía que la Liturgia de las Horas ofrece para el día de San Lorenzo, lo explica así: *“Los santos mártires han imitado a Cristo hasta el derramamiento de su sangre, hasta la semejanza de su pasión. Lo han imitado los mártires, pero no sólo ellos. El puente no se ha derrumbado después de haber pasado ellos; la fuente no se ha secado después de haber bebido ellos”*. San Agustín se dirigía a unos cristianos que creían que quizá sólo los mártires, los que en las persecuciones habían derramado la sangre por la fe, compartirían la gloria de Cristo. Y a veces pensamos también nosotros lo mismo: que la santidad es una heroicidad propia sólo de algunos. Y no es así. La santidad, el seguimiento fiel y esforzado de Jesucristo, es también para nosotros: para todos nosotros y para cada uno de nosotros. Es algo exigente, sin duda; es algo para gente entregada, que tome las cosas en serio, no para gente superficial y que se limita a ir tirando. Pero somos nosotros, cada uno de nosotros, los llamados a esa santidad, a ese seguimiento. Como decía San Agustín en la homilía antes citada: *“Ningún hombre, cualquiera que sea su género de vida, ha de desesperar de su vocación” (...). “Entendamos, pues, de qué modo el cristiano ha de seguir a Cristo, además del derramamiento de sangre, además del martirio”*. Y hoy, en la fiesta de Todos los Santos, se nos invita a celebrar que también nosotros podemos entender y descubrir nuestra manera de seguir a Cristo.

Finalmente, por tanto, la fiesta de hoy es una llamada a la santidad para todos nosotros. Ser santos no es hacer necesariamente milagros, ni dejar obras sorprendentes para la historia. Es difícil definir lo que es la santidad, pero todos esos santos que hoy celebramos nos demuestran que seguir a Cristo es posible, y que eso es la santidad. Tuvieron defectos. No eran perfectos. Cometieron pecados. Fueron “normales”. Pero creyeron en el Evangelio y lo cumplieron. Algunos han dejado huella profunda. Otros han pasado desapercibidos. A todos les honramos hoy. Y aceptamos su invitación a seguir su camino. Aquí también recomendaría leer la “Lumen Gentium” del concilio Vaticano II, en sus números 39-41, que hace un llamamiento a la santidad a los cristianos de todos los estados: jerarquía, laicos, religiosos.

Para reflexionar: ¿Realmente estoy convencido de que no sólo puedo ser santo, sino que debo ser santo, por ser bautizado? ¿Pido la intercesión de mis hermanos santos que ya gozan de la amistad eterna con Dios en el cielo, o ni me acuerdo de ellos? ¿Cuáles son los santos de mi devoción y por qué?

Para rezar: Señor, Dios mío, ayúdame a ser santo. Santo sin premio, santo para no ofenderte, santo para servir mejor a los demás. Señor, en el día de hoy, que recordamos y celebramos la memoria de todos los Santos, ayúdame a acercarme más a Ti. A ellos les ruego que pidan al Espíritu, me conceda los dones necesarios para ser mejor. No porque yo merezca algo, sino para que mi alabanza llegue a Ti, más plena. Señor, perdóname, Por mis faltas y pecados, por todo lo que podía haber hecho y no hice, por todo lo que podía haber servido y no serví, por todo lo que he desaprovechado. Dame tu bendición para que el resto de mi vida, sea fiel y caritativo, luz tuya y servidor de todos, según Tú me pidas en cada momento. Gracias, Señor, por Tu Misericordia conmigo. Amén.



Idea principal: *“Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas...y a tu prójimo como a ti mismo”.*

Síntesis del mensaje: Los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) nos recuerdan este mandamiento primero. Según Mateo y Marcos, es Jesús quien resume la ley en los dos mandamientos; según Lucas, fue el doctor de la ley quien lo hizo y Jesús lo aprobó. Este era un tema que apasionaba a los espíritus religiosos de la época. La ley de Moisés se había ido llenando de preceptos, explicaciones, reinterpretaciones. Urgía pues saber qué era lo esencial entre tantas reglas.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, cuenta la tradición judía –que no la Biblia– que por los años del siglo XIII a.C., Moisés, libertador, legislador y profeta del pueblo de Dios en la esclavitud, subió a las cumbres del Sinaí para entrevistarse con Dios y que Dios le dio 365 mandamientos negativos, “No harás”, -tantos como días tiene el año solar-, y 248 mandamientos positivos, “Harás”, -tantos como generaciones desde Adán y Eva hasta aquel entonces. Total, 613 mandamientos. Demasiados. Por eso, en el siglo XI a.C., David, rey de Judá-Israel y profeta del Altísimo, redujo los seiscientos trece mandamientos a once (Sal 15). En el siglo VIII a.C., el profeta Isaías redujo los once a seis (Is 33, 15). Ese mismo siglo el profeta Miqueas los redujo a tres (Miq 6,8), de nuevo Isaías de tres a dos (Is 66,1) hasta que en el siglo VII a.C. el profeta Habacuc redujo los dos a uno. Este: *“El santo vivirá por su fidelidad”* (Hab 2,4). Donde “su” se refiere a Dios. O sea, los profetas, que tienen hilo directo con Dios, buscaron lo esencial de la religión, de la moral y del culto, y dijeron que es el amor a Dios por un lado y a los hombres por

otro. Al fin llegó Jesús y dijo: amar a Dios es amar a los hombres y amar a los hombres es practicar con ellos el respeto, la verdad y la justicia.

En segundo lugar, pero, ¿qué es amar a Dios? ¿Por qué y para qué debemos amar a Dios? ¿Cómo debemos amar a Dios? ¿Dónde y cuándo debemos amar a Dios? Dice la Didajé, el documento más importante de la era post-apostólica y la más antigua fuente de legislación eclesiástica que poseemos: *“Hay dos caminos: uno de la vida, y otro de la muerte; pero muy grande es la diferencia entre los dos caminos. El camino de la vida, pues, es éste: Primero, amarás a Dios que te creó; y segundo, a tu prójimo como a ti mismo. Y todo lo que no quieras que te suceda a ti, tú tampoco lo hagas a otro.... El camino de la muerte, en cambio, es éste: Sobre todo es malo y lleno de maldición: los asesinatos, adulterios, concupiscencias, fornicaciones, hurtos, idolatrías, brujerías, preparación de venenos, rapiñas, falsos testimonios, hipocresía, doblez de corazón, dolo, malicia, orgullo, avaricia, conversaciones torpes, envidia, espíritu atrevido, altanería, ostentación”.* Respondamos las preguntas que puse al inicio de este segundo punto: Amar a Dios significa darle todos los latidos de nuestro corazón desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, pues Él es nuestro Padre. Debemos amar a Dios porque Él nos amó primero, creándonos, redimiéndonos y nos está santificando a través de su Espíritu. Debemos amarlo con todo lo que somos y tenemos: mente, afectos, voluntad. Debemos amarlo cumpliendo sus mandamientos y sobre todo, amando a nuestros hermanos, que también son hijos de Dios. Sólo así le manifestaremos nuestra gratitud y nuestro cariño de hijos, de creaturas amadas por Él.

Finalmente, y, ¿quién es mi prójimo? ¿Qué es amar al prójimo? ¿Por qué debemos amar al prójimo? ¿Cómo

debemos amar al prójimo? ¿Dónde y cuándo debemos amar al prójimo? Respondamos a estas preguntas: Mi prójimo es toda la gente del mundo.

Mi prójimo es mi esposo, mi esposa, mis hijos, los suegros, los parientes, los amigos, los vecinos, los de mi pueblo, los del pueblo de al lado, mis compañeros de trabajo, mis empleados, mi jefe. Mi prójimo es también, el que no me cae bien, el que me ha hecho alguna maldad, el que habla mal de mí. Debemos amar al prójimo porque es nuestro hermano, creado por Dios, redimido por Cristo, santificado por el Espíritu. Debemos amarlo con estas características que san Pablo enuncia en su primera carta a los corintios: *“El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad sino que se regocija con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”* (1 Co 13, 4-7). Debemos amar al prójimo siempre y en todo lugar, sin medida, a ejemplo de Cristo que nos amó y se entregó por todos nosotros. Es tan importante amar al prójimo que el apóstol san Pablo nos dice: *«El que ama al prójimo ha cumplido la ley. En efecto, lo de: no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud»* (Rm 13, 8-10).

Para reflexionar: Cuando al final de la jornada de cada día hagamos el examen de conciencia, preguntémonos: ¿He amado hoy, o me he buscado a mí mismo? ¿Por qué me cuesta amar al prójimo? ¿Lo amo como Jesús lo ama, con un amor misericordioso, paciente? Pensemos en esa frase de san Juan de la Cruz: *“Al atardecer de la vida, te examinarán del amor”*.

Para rezar: Señor, dame una señal de que me quieres; hazme hacer la experiencia del amor filial para que mi corazón se dilate y yo corra –antes que arrastrarme– por la vida de tus mandamientos (cf. *Salm 119, 32*). Haz que yo te ame por encima de todas las cosas y que ame a todas las cosas en Ti; que no haya en mi corazón “otro Dios salvo tú”, ningún ídolo o “dios extranjero” que provoque tus justos celos. Haz que te ame, Señor. Y en Ti, por Ti y como Tú, ame también a mi hermano.



Idea principal: ¿A quién queremos parecernos: a esos maestros de la ley o a la *pobre viuda* que da a Dios generosamente, no las sobras, sino de lo que necesita.

Síntesis del mensaje: Dos de las lecturas de hoy –la primera y la tercera– tienen un protagonista idéntico: *una viuda*, es decir, aquella que en la sociedad antigua, toda basada en los hombres, es la persona socialmente más expuesta y más desprovista de prestigio y de recursos. Y sin embargo Cristo la pone como ejemplo de generosidad. También el salmo de hoy defiende a la *viuda*.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, veamos primero a esos maestros de la ley. Ya Cristo los atacó en el plano doctrinal; ahora lo hace en el plano de la vida práctica. Esas personas tan estimadas y admiradas por el pueblo esconden, bajo un comportamiento aparentemente irreprochable, dos defectos que hacen inútil cualquier acto de culto: vanidad y avaricia. Su *vanidad* queda bien resaltada con cuatro pinceladas que encuentran fácil confirmación en las fuentes judías. Su *avaricia* es singularmente grave por llevarles a la explotación de los más indefensos, *las viudas*, sirviéndose precisamente de su prestigio religioso. En lugar de ayudar a los pobres y necesitados, como mandaba ya Éxodo 22, 21, no dudan en aprovecharse de ellos descaradamente, recurriendo a una devoción ostentosa, hecha como espectáculo, para atraer la admiración y la estima de la gente. Nada puede haber más corrupto y abominable que un comportamiento hipócritamente religioso en función de una ambición sin escrúpulos. Vanidad y avaricia no sólo son dos actitudes que vician cualquier acto de culto, sino las actitudes que Jesús ha condenado varias veces: en vez de reivindicar

privilegios y honores, deberían hacerse los últimos y los servidores de todos; en lugar de oprimir y explotar a los indefensos, deberían compartir con los indigentes sus propias riquezas. Pero nada de eso hacían.

En segundo lugar, veamos ahora a la *viuda*. Jesús quiere que sus discípulos graben bien en su memoria la lección de esta pobre viuda. Se acerca temblorosa al cepillo del templo –ejemplo de humildad, piedad y reverencia ante Dios y las cosas de Dios!-. No atreviéndose a hablar, con un gesto bien elocuente nos da un ejemplo de lo que debe ser el verdadero acto de culto: deposita sus dos únicas monedas –ejemplo de generosidad!-. Sus dos únicas monedas llevan el sello de ese don total que exige el primer mandamiento y que reclama todo verdadero acto de culto. El encuentro con Dios no se consigue a través de unos ritos externos, más o menos suntuosos y vistosos, sino a través de esos gestos sencillos y silenciosos, que pueden pasar incluso desapercibidos, pero en los cuales deposita el hombre todas sus seguridades para abandonarse por completo a las manos de Dios. Lo que cuenta es un corazón generoso, desprendido y confiado en la acción divina, ya que Dios no se fija tanto en lo que damos, cuanto en lo que reservamos para nosotros. Para Cristo vale más la interioridad del corazón de esta viuda que los ademanes ampulosos de los farsantes.

Finalmente, ahora es el momento de mirar *nuestro corazón*. A todos nos gustan los primeros lugares, que nos alaben y que nos tengan por importantes y santos. A todos nos atrae el dinero. Nos gusta llamar la atención. Nos dejamos engañar por las apariencias. Valoramos a los demás por lo que tienen, no por lo que son. De ordinario tendemos a dar de lo que nos sobra, pues no queremos correr el riesgo de un futuro desconocido, sin ninguna seguridad. Damos rápido, tal vez, una pequeña limosna,

para salir al paso...pero entregarnos a nosotros mismos, nuestro tiempo, nuestro trabajo, nuestro amor, dar de lo que necesitamos...¡ya es otra cosa! Curiosamente después de llevar al altar en la santa misa el pan y el vino para la Eucaristía, lo único que la introducción al misal permite llevar, no son ofrendas pintorescas, más o menos simbólicas, sino *"dinero u otras donaciones para los pobres o para la iglesia"* (Instrucción General Misal Romano 73). También dice lo siguiente: en la Eucaristía no sólo *"ofrecen la víctima inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismo"* (Instrucción General Misal Romano 79). Dios no se dejará ganar en generosidad, si somos como esas buenas mujeres *viudas* que, desde su pobreza, y fiándose de Él, lo dan todo; si somos capaces de correr la aventura de dar lo último que poseemos, Dios nos alabará.

Para reflexionar: ¿A quién me parezco: a esos vanidosos y avaros maestros de la ley, o a esa *viuda* generosa y humilde? ¿Me avergüenza ver que Jesús está cerca de los pobres? Hoy, ¿a quiénes se suelen dar los créditos: a los que tienen o a los que necesitan?

Para rezar: Señor Jesús, que conoces todos nuestros gestos y nuestras intenciones más ocultas, renuévanos por dentro, para que seamos agradables a tus ojos. Amén.



Idea principal: *Vigilar y prepararnos para la venida de Cristo. Sólo así evitaremos la angustia y el miedo.*

Síntesis del mensaje: Terminamos hoy la lectura del evangelista Marcos, que nos ha acompañado todo el año. El próximo domingo, fiesta de Cristo Rey, leeremos a san Juan. Termina el año litúrgico y por eso las lecturas nos orientan hacia la escatología, el futuro de la historia, para que nos preparemos para ese día. No necesitamos ni horóscopos ni adivinos para buscar respuestas a los interrogantes del mañana. El futuro nos fascina y nos inquieta a la vez. O porque deseamos tenerlo todo controlado. O porque nos ayudaría a planificar el presente. Lo mejor es confiar en Cristo y en su victoria.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿a quién no atemoriza lo que Jesús narra en el evangelio de hoy? Visiones tremendas, espeluznantes; soberbias imágenes para una película de horror: explosión de las galaxias, apagón del sol, reventón de las estrellas, caída de la luna, desbarajuste de la creación. Hoy día, otro tanto: explosión demográfica, destrucción del ecosistema y de la casa común, como dirá el Papa Francisco en su encíclica *"Laudato sí"*, guerra de las galaxias y, para que nadie escape, en los silos una bombita de 180 kgs atómicos por persona. ¿Consecuencias? Hombres secos de pesimismo derrotista, agresividad a flor de piel, angustia endémica, depresiones epidémicas. Películas atroces que alertan una neurosis masiva y expansiva –busquen en la internet–, el desbarajuste ético-social –nuevas ideologías en contra del plan de Dios– y el hombre de bruceas en el caos. Nuestra ciencia se ha vuelto terrible, peligrosa nuestra insatisfacción, mortales nuestros conocimientos. Es decir, que parece que nos aproximamos al cuadro clínico-psiquiátrico de este

evangelio sobre el fin del mundo. ¿Qué hacer?

En segundo lugar, es ciertamente impresionante el lenguaje con el que Jesús describe hoy el final de la historia. Es un lenguaje tomado del género literario "apocalíptico" y "escatológico", con el que tanto los profetas del Antiguo Testamento como en general la literatura rabínica de la época describen el futuro y la llegada del "día del Señor". Esta descripción, en labios de Jesús, no quiere ser angustiosa ni angustiante, sino precisamente lo contrario, esperanzadora, porque inmediatamente dice que veremos *"venir al Hijo del Hombre sobre las nubes (símbolo de la divinidad) con gran poder y majestad"*, y Él viene a salvar. Si somos sinceros tenemos que decir que nadie, ni siquiera la Iglesia, ha sabido explicar el sentido de estos discursos escatológicos. Grupos religiosos aprovechan estos discursos para obsesionar a sus adeptos, inclinados al fanatismo (adventistas, testigos de Jehová) y circulan de casa en casa infundiendo temor con el anuncio del inminente fin del mundo. ¿Qué hacer?

Finalmente, si queremos resumir el mensaje de este domingo, podría quedar así: el Señor ha venido una primera vez y vendrá una segunda vez en el futuro. La segunda venida no nos debe dar miedo; ella es una promesa, no una amenaza. Es la promesa de la que se nutre toda la experiencia cristiana. Eso explica aquel hecho singular que se nota en la Iglesia primitiva: los cristianos de entonces, después de haber escuchado estos discursos que también nosotros hemos escuchamos hoy, se ponían tranquilamente a rezar y a invocar: *"Maranatha: Ven, Señor Jesús"*. ¿Qué hacer? No olvidar que nuestra vida es una peregrinación. Quien peregrina tiene siempre en cuenta, no sólo por dónde va, sino también a dónde se dirige, cuál es la meta de su viaje. Igual que un deportista mira desde el comienzo la meta,

o el estudiante, el examen final. ¿Qué hacer? Si nuestra meta es el cielo y la compañía con Dios y los santos, entonces tenemos que vigilar seriamente nuestros pasos, nuestros pensamientos, nuestros afectos, para no perder el rumbo del camino. Debemos tener todo preparado para que el Señor nos encuentre dignos de ser admitidos en su Reino. Debemos mirar con respeto y confianza a ese Cristo glorioso que viene a juzgar a todos. Ese juez es el mismo en quien creemos, a quien escuchamos en la proclamación del evangelio, a quien intentamos seguir, a quien recibimos en la Eucaristía. Estas lecturas no quieren llenarnos de angustia, sino que nos están anunciando la victoria y la salvación.

Para reflexionar: meditemos en estas palabras de San Francisco de Sales: *“vivir cada día de nuestra vida como si fuera el último día de nuestra vida en la tierra”*. ¿Vivimos así? ¿O más bien evadimos pensar en esa realidad, tan cierta como segura, del final de nuestra existencia –vamos a morir- o del final de los tiempos, -Cristo vendrá-? ¿O tal vez pensamos que luego nos arreglaremos, que mientras tanto mejor es gozar y vivir como nos venga en gana? ¡Nos estamos jugando nada menos que nuestro destino para toda la eternidad!

Para rezar: Hagamos oración esto que nos dice san Pablo: *“que el Señor conserve nuestros corazones irreprochables en la santidad ante Dios, nuestro Padre, hasta el día en que venga nuestro Señor Jesús en compañía de todos sus santos”* (1 Ts 3, 12-4,2). O lo que nos dice Lucas: *“Velen y hagan oración continuamente, para que puedan escapar de todo lo que ha de suceder y comparecer seguros ante el Hijo del Hombre”* (21, 36).



Introducción: Desde hoy hasta el día del Bautismo del Señor, el domingo siguiente a la Epifanía, recorreremos con la fe y el amor seis semanas litúrgicas de “tiempo fuerte” en que celebramos la Buena Noticia: la venida del Señor. Adviento es un tiempo anual para contemplar la venida de Cristo al mundo, esperarla, desearla, prepararla en nuestras vidas y, en definitiva, a celebrarla. La venida histórica de Cristo, que conmemoramos en la Navidad, deja en nosotros el anhelo de una venida más plena. Por eso decimos que el Adviento celebra una triple venida del Señor: (1) la histórica, cuando asumió nuestra misma carne para hacer presente en el mundo la Buena Noticia de Dios; (2) la que se realiza ahora, cada día, a través de la Eucaristía y de los demás sacramentos, y a través de tantos signos de su presencia, comenzando por el signo de los hermanos, y de los hermanos pobres; (3) y finalmente, la venida *definitiva*, al final de los tiempos, cuando llegará a plenitud el Reino de Dios en la vida eterna. ¿Qué necesitamos? Estar atentos y vigilantes en la esperanza, preparar y limpiar el corazón, y acogerlo con alegría, como Juan Bautista, María y José. ¡Ven, Señor Jesús, y no tardes!

Idea principal: ¡Alertas! ¡Velad!

Síntesis del mensaje: Nuestro Amo, que se ha ido de viaje y a quien vemos con la fe, puede volver a casa en cualquier momento. Nosotros, servidores de este Amo, debemos estar preparados (evangelio) para recibirle cuando llegue y darle cuenta de la administración de los bienes y dones de su viña (segunda lectura y salmo) que nos confió con tanta confianza y amor. No endurezcamos nuestro corazón, alejándonos de sus mandamientos y consignas dadas para la fiel administración de estos bienes (primera lectura).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¡alertas y velad!, preparémonos para la Parusía, que será la manifestación gloriosa del Señor al fin de los tiempos. ¡*Maranatha, ven, Señor Jesús!* Era el grito de los primeros cristianos, proclamando su fe y esperanza en Jesús resucitado junto con el deseo de que el Señor se mostrase públicamente como Rey de la Iglesia, de las naciones y del universo, como juez que da la victoria a los buenos y permite el derrumbe de los malos. La Iglesia, y nosotros con ella, espera este acontecimiento con impaciencia, anhela ansiosamente el Adviento final, la redención consumada, en retorno en gloria, el día del Señor, el fin del exilio y la entrada definitiva en la eternidad. La Iglesia-esposa nunca deja de suspirar por sus bodas eternas, nunca se cansa de anhelar su encuentro definitivo con el Esposo, tal como lo deja transparentar en los textos de la liturgia del Adviento: no tardes, ya se acerca, ya está ahí. ¿Con qué actitudes debemos prepararnos para este Adviento final? Con la esperanza gozosa, fijos nuestros ojos en la eternidad, agradecidos en el corazón por todos los bienes que Dios, dueño de nuestra viña, ha puesto en nuestras manos y con el esfuerzo en cuidarlos y hacerlos producir en obras de caridad, justicia, humildad y pureza (primera lectura y salmo).

En segundo lugar, ¡alertas y velad!, preparémonos para conmemorar un año más la Navidad y renovarla en nuestro corazón. ¿Con qué actitudes? Dado que la Navidad condensa en sí misma el pasado (Belén) y el futuro (parusía), tenemos que vivirla en la firmeza de la fe que nos llevará a la vigilancia y sobriedad (evangelio). Primero, firmes en la fe para no dejarnos llevar por el oleaje de las falsas ideologías y los errores del tiempo (ideología del género, manipulación del lenguaje

genético, confusión doctrinal deliberada, proclive al inmanentismo y al mito del progreso indefinido y del paraíso en la tierra...) y no perder nunca de vista la patria definitiva. Y segundo, *siendo sobrios y vigilantes* para usar y no abusar de las cosas de este mundo, no echar raíces demasiado querenciosas en esta tierra, porque la figura de este mundo desaparece. Así pasaremos por los bienes temporales sin perder los eternos.

Finalmente, ¡alertas y velad!, preparémonos para descubrir la venida escondida de Cristo en ese pobre que encontramos en nuestro camino o que toca la puerta de nuestra casa; en ese hermano que nos hirió, en esa cruz de la enfermedad que se clavó en nuestro cuerpo, en esa noche oscura de nuestra alma cuando no vemos perspectiva en la vida o no sentimos a Dios. ¿Con qué actitudes prepararnos para descubrir la venida de Cristo aquí? Estemos con los ojos de buenos samaritanos abiertos, con el corazón sensible que capta como un sismógrafo los latidos del necesitado y con las manos abiertas a la caridad efectiva y generosa.

Para reflexionar: ¿Cómo debo vivir el Adviento? ¿Cómo ayudar a vivir el Adviento a mis familiares y amigos? ¿Qué regalo quiero llevar a Cristo en Navidad que le haga sonreír?

Para rezar: Ven, Señor Jesús, ven a nuestros corazones, renaciendo en la fiesta de Navidad. Ven al fin de los tiempos, clausurando la historia del mundo con tu amor. Pero ven también ahora en la Eucaristía, en este sacramento que debemos celebrar *“hasta que vuelvas”*. Y cuando entres en nuestras almas deposita la semilla de la esperanza. Haz que no saquemos el pasaporte definitivo en este mundo transeúnte. Que tu Madre Santísima nos tome de la mano para no perdernos en este camino a la eternidad.



Idea principal: Juan Bautista es ejemplo de lo que él predica a todos nosotros y a toda la Iglesia: *“Arrepentíos, haced penitencia y preparad los senderos para el Señor”*.

Síntesis del mensaje: el domingo pasado Dios nos pedía estar alertas y velar. Hoy a través del profeta Isaías (1ª lectura) y Juan Bautista nos urge a preparar el camino de nuestro corazón para recibir a Cristo (evangelio). Esto supone una lucha contra el pecado y un inmenso trabajo por la santidad para llevar una vida sin mancha ni reproche (2ª lectura). San Juan Bautista al hablar así tan fuerte y convencido sacudió las columnas de la religión y los corazones de los hombres, y los nuestros. Entonces, los hombres y mujeres le abrían las cuentas corrientes de sus vidas -¿y nosotros?-, los sacerdotes de Jerusalén le abrieron un expediente -¿también nosotros?-, el rey Herodes le abrió las puertas de la mazmorra de Maqueronte y, a petición de una corista, le cortó la cabeza para no escuchar esos gritos ensordecedores, ¡ojalá que nunca nosotros!-. Cayó eliminado como un profeta.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, no podemos negar que este san Juan Bautista, que cada año nos sale al paso en el Adviento, es un “tipo raro” a los ojos de este mundo placentero, consumista, vividor y ambiciosamente competitivo. Vestía áspero como un camello, comía saltamontes a la parrilla del sol y miel silvestre, bebía agua del río, vivía soltero conventual y amanecía como le cogía la noche: rostro a tierra y en oración. Radical él. Y durante el día, a gritar para preparar *los caminos al Señor*. Sí, los caminos de la *conciencia*, para destiznarla de tanto hollín acumulado por el pecado. Sí, los caminos de la *mente*, para que se abra a los criterios de Dios, y no vaya por ahí destilando ideas liberales y opuestas a su Palabra salvífica en el

campo de la moral familiar, sexual y doctrinal que rozan a ambigüedad, cuando no a herejía. Sí, los caminos de la *afectividad*, para que esa fuerza poderosa que tenemos ame a Dios sobre todas las cosas y al prójimo, por encima del egoísmo, los apegos y los cacareos turbios. Sí, los caminos de la *voluntad*, para que siempre elija en la libertad y amor lo que Dios pide para nuestra felicidad temporal y salvación eterna, aunque exija sacrificio, renuncia y tascar el freno al capricho y veleidad. ¡Gracias, Juan Bautista, por recordarnos esto en este tiempo de Adviento, aunque tu voz nos moleste y aturda!

En segundo lugar, aunque este Juan Bautista es en cierto sentido un “tipo raro”, sin embargo a los ojos de Cristo es amigo del Esposo y un grande profeta porque durante su corta vida sólo habló de las tres cosas que preocupan a los hombres y mujeres de todos los siglos, razas, culturas, religiones, continentes: *primero*, que somos malos; *segundo*, que tenemos que ser buenos; y *tercero*, que debemos reconciliarnos con Dios. ¡Poca cosa! ¿Predicamos los laicos, los curas, obispos y Papa estas verdades? Tres verdades: pecado, arrepentimiento y reconciliación. A esas dianas tiraba Juan Bautista la flecha. ¿A todos alcanzó el tiro certero de su flecha?

Finalmente, si hoy volviera este Juan Bautista con esos pelos, esa palabra afilada y esa vida, ¿no sería anacrónico? ¿Sería bien recibido, cuando no le interesa el dinero, ni el bienestar ni la comodidad ni el placer ni....? No tengo la menor duda de que, si hoy volviera y sentara cátedra de espartano por las orillas de cualquier río lugareño o rascacielos americano...sería un electroimán: a él marcharíamos todos. Porque bien miradas las cosas, si algo buscan los hombres hoy es la autenticidad y él fue auténtico; bravura, y él fue bravo; toque divino y él era un tocado de Dios; visionario de trascendencias divinas y él

lo era. O tal vez me equivocó.

Para reflexionar: ¿Me reconozco pecador? ¿Estoy arrepentido de mis pecados de pensamiento, de palabra, de obra, de omisión...de mi niñez, adolescencia, juventud, edad madura y vejez...de mis pecados ocultos y desconocidos? ¿Acudiré en este Adviento al sacramento de la reconciliación para encontrarme con ese Padre lleno de misericordia y ternura para que me perdone, me purifique y así poder llegar lo menos indignamente preparado para la santa Navidad?

Para rezar: Señor, reconozco tu infinita misericordia. Señor, reconozco mis inmensos pecados y te pido que los perdones a través de tu ministro sagrado, empapándome con la sangre de tu Hijo Jesucristo. Sólo así, Señor, tendré mis caminos preparados para cuando tú vengas en esta Navidad y pueda yo abrirte mi puerta y puedas tú cenar conmigo y yo contigo.



Idea principal: ¡Alegraos! La verdadera alegría en la vida es Jesús que con su nacimiento viene a disipar las tinieblas del pecado y envolvernos en su luz maravillosa.

Síntesis del mensaje: a este domingo la Iglesia lo llama “Domingo Gaudéte”, es decir, domingo del “Alegraos”. Recibe ese nombre por la primera palabra en latín de la antífona de entrada, que dice: *Gaudéte in Domino semper: íterum dico, gaudéte* (“Estad siempre alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres” Flp 4, 4.5). Las tinieblas que cubrían el Antiguo Testamento comenzaron a disiparse con la luz –tenué aún- de los profetas. Luego brilló la antorcha precursora –Juan-. Hasta que finalmente amaneció Cristo, Sol nacido de lo alto para iluminar a los que estaban sentados en las tinieblas de la muerte. La primitiva Iglesia nutrió su piedad en esta idea de Cristo-Luz. Y dicha piedad cristalizó en una fórmula del Concilio de Nicea inserta en el Credo: “*Creo en un solo Señor Jesucristo...., Dios de Dios, Luz de Luz*”. Y con su Luz vino la alegría (segunda lectura, evangelio).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, alegrémonos, porque se acerca nuestro Salvador y Libertador. ¿De qué nos salva? (1ª lectura). De las *cadena*s y *grilletes* a los que tal vez nuestra alma está atada y por eso no es libre para relacionarse en la oración humilde con ese Dios de la Salvación. De los *miedos* que nos paralizan y no nos dejan descubrir que ese Salvador es Padre y Amigo y Compañero de camino hacia la eternidad. De las *tristezas* que nos ahogan, que nos impiden sonreír al experimentar la ternura de ese Dios Libertador que viene con los despojos de su victoria en la mano después de una lucha terrible contra el enemigo de nuestra alma. De las *falsas expectativas*, ilusiones y guiños que nos hace este mundo y nuestros sueños fatuos, que

nos pintan el seguimiento de Cristo como un camino de rosas, de éxitos y reconocimientos, cuando en realidad sabemos que debemos seguirle por un sendero de cruz, de esfuerzo, pero con Él a nuestro lado. De todo eso viene a salvarnos: de las falsas ideologías, de esperanzas disfrazadas, de sistemas socio-económicos esclavizantes e inhumanos, de nuestros ridículos e devoradores egoísmos, vanidades y ambiciones. Salvación completa, de cuerpo y alma y espíritu (segunda lectura).

En segundo lugar, alegrémonos porque vuelve a nacer el Sol de justicia que lanza su luz sobre nuestro mundo. ¿A dónde quiere llegar con su luz? A nuestra *Iglesia* en esta hora aciaga, pero al mismo tiempo entusiasmante y desafiadora, de su historia para que siga guardando con celo y cariño el depósito de la fe sin permitir elixiris dulces o brebajes extraños. A nuestro *mundo* que se ufana de sus conquistas científicas, al margen de Dios e incluso en contra de Dios; y lo único que está pretendiendo es ser luciérnaga para sí mismo. A nuestras *familias* hoy bombardeadas y cuyos escombros no nos permiten ver la belleza de esta iglesia doméstica. A nuestros *jóvenes* que se preparan para un matrimonio fiel y feliz, para que tengan la luz y el discernimiento para dar ese paso noble en el proyecto de vida matrimonial según los designios de Dios. A nuestros *seminaristas* y *sacerdotes* para que descubren o redescubran la hermosura de la vocación de entrega alegre y gozosa al Señor en el celibato por el Reino de los cielos, y no busquen otras compensaciones mundanas o álibis, que nunca les harán felices por llevar una vida doble y no acorde a su consagración a Dios en santidad de vida. A nuestros *ancianos*, para que la Luz de Cristo les llene de esperanza y consuelo en esta etapa dorada de su existencia y puedan vislumbrar la eternidad en el ocaso de su vida. A nuestros hermanos más *pobres* y *desfavorecidos*, para que esa Luz de Cristo entre en

los corazones de todos los que puedan socorrerles material, espiritual, moral y psicológicamente. Y, en fin, la luz de Cristo quiere llegar a todos: niños, artistas, comunicadores, literatos; al igual que el sol manda sus rayos a todos, así Cristo. Sólo quien no abre la ventana quedará en la oscuridad.

Finalmente, alegrémonos porque la Palabra de Dios se encarna y acampará entre nosotros. ¿Qué nos dirá esa Palabra? Dios es Amor y Padre. Bienaventurados los pobres, los mansos, los sufridos, los que tienen hambre y sed de la Voluntad de Dios, los puros, los misericordiosos, los pacificadores, los perseguidos. *“Amaos unos a otros como Yo os he amado”*, repartiendo el pan con el necesitado, enjugando las lágrimas del que llora, consolando al triste, animando al desalentado y perdonando al enemigo.

Para reflexionar: ¿Vivo alegre en mi vida cristiana? ¿Quién es la fuente de mi alegría? ¿He abierto de par en par las puertas de mi existencia a la luz de Cristo o tengo algunas ventanas cerradas donde no ha entrado todavía esta luz de Cristo? ¿Cuáles: afectividad, voluntad, sentimientos, éxitos, fracasos...?

Para rezar: Señor, lléname de tu alegría y de tu luz. Señor, que sea portador a mi alrededor de tu alegría y de tu luz. Que mi alegría sea honda y profunda, fundamentada en Ti.



Idea principal: Meditemos en el Misterio más importante de la historia: La Encarnación del Verbo de Dios en el seno de una muchacha llamada María de Nazaret.

Síntesis del mensaje: Acabamos de escuchar ese Misterio en el evangelio de hoy: ha sido concebido un niño, de madre soltera, ya desposada pero no casada. Y ese hijo no tiene padre. ¡Punto! Ha sido concebido un niño; el hijo es de otro. ¿Aborto? Pero la madre es mucha mujer, mucha madre y mucha creyente como para asesinar al hijo y el hijo es mucho hijo porque es el Hijo de Dios, que no se dejaría asesinar impunemente. Y ese hijo no tiene padre; ni conocido ni desconocido ni sospechado. Sencillamente no tiene padre. ¿Sorpresa? Además ni generación espontánea ni inseminación artificial ni niño probeta. Caso único de partenogénesis humana en la historia de la biología científica. ¡Punto! Creamos, admiremos, agradezcamos y adoremos el Misterio.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, tenemos que *encajar* este Misterio. La gente ha perdido el sentido de lo numinoso, de lo sagrado y de lo divino. Por eso hay tantos que rechazan los misterios. Curioso esto, pues esos mismos desayunan, comen, meriendan y cenan con misterios: la electricidad en el televisor, los átomos y moléculas, el amor y la vida. ¿Por qué comulga con estos misterios con minúscula y no se admira ante el gran Misterio de la Encarnación que tanta alegría debería darle, al saber que Dios quiere poner su tienda entre nosotros. En algunos que niegan este Misterio es porque *no encaja en sus mentes* compuestas solo de materia gris y dicen que es irracional; *no encaja en su corazón* en dónde sólo cabe él solito como en el cuento del gigante egoísta del poeta irlandés Oscar Wilde; *no encaja en su voluntad* porque este misterio pide

mucho cambio de vida y dicen que es fastidioso. María nos da ejemplo de cómo encajar ese Misterio: abriendo los oídos del alma, reflexionando con serenidad en lo que implicaba ese misterio y abriéndose con fe a ese Misterio dejándose poseer por él.

En segundo lugar, tenemos que *creer* este Misterio. Creer es mucho más que entender. Es más, es ir más allá del entender, fiándonos de la Palabra de Dios que no engaña, ni decepciona. Creer es tender el cheque en blanco a Dios para que escriba lo que Él quiera, porque siempre será para nuestra salvación y felicidad. María en esos segundos o minutos de silencio reflexivo de discernimiento antes de dar su “sí, creo” repasaría toda la historia de fidelidad de Dios en el Antiguo Testamento, desde Abraham hasta el último profeta...y se dejó invadir por una inmensa paz y contentamiento interior y una gran certeza, la fe en Dios. Nos dice san Agustín: “*Llena de fe concibió a Cristo en su mente antes que en su seno, al responder: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí lo que dices» (Lc 1,35)»*. Antes de habitar el Hijo de Dios en el seno de María, sin duda ya «*moraba Cristo por la fe en el corazón» (Ef 3,17)* de quien, por la fe, le «*concibió antes en su mente que en su vientre virginal»*. «*En el alma la fe, y en el vientre Cristo»*. Así «*María fue más feliz por recibir la fe de Cristo que por concebir la carne de Cristo»* «*ya que nada habría aprovechado la divina maternidad a María, si no hubiese sido más feliz por llevar a Cristo en su corazón que en su carne»*.”

Finalmente, tenemos que *vivir* este Misterio y según este Misterio. Lógicamente este Misterio no puede quedar sólo a nivel intelectual y afectivo. Tiene que invadir nuestra vida, tocar y transformar nuestra vida. San Juan Pablo II en su primer viaje a México en 1979 al tratar de la fe, vista en María, dijo: “*Coherencia, es la tercera dimensión de*

la fidelidad. Vivir de acuerdo con lo que se cree. Ajustar la propia vida al objeto de la propia adhesión. Aceptar incomprendimientos, persecuciones antes que permitir rupturas entre lo que se vive y lo que se cree: esta es la coherencia. Aquí se encuentra, quizás, el núcleo más íntimo de la fidelidad... Y sólo puede llamarse fidelidad una coherencia que dura a lo largo de toda la vida. El fiat de María en la Anunciación encuentra su plenitud en el fiat silencioso que repite al pie de la cruz. Ser fiel es no traicionar en las tinieblas lo que se aceptó en público". Por eso, quien se abre a este Misterio de la Encarnación tiene que vivir las consecuencias de su fe: una fidelidad en las buenas y en las malas, en las duras y en las maduras.

Para reflexionar: ¿Ya encajé este Misterio o todavía tengo las puertas cerradas como narra la poesía del español José María Pemán sobre el posadero: *"El Evangelio empieza ante una puerta/ de una fonda en Belén y un posadero./ -¿No habrá una habitación para esta noche?/ - Ninguna cama libre; todo lleno./ Y Dios pasó de largo. ¡Qué pena, posadero!"*? ¿Ya creí en este Misterio en lo profundo de mi ser y me llena de alegría? ¿Estoy viviendo conforme este Misterio?

Para rezar: Por ser un Misterio incomprensible, me arrodillo y te adoro, Señor. Por ser un Misterio de inmensa belleza, me extasío y te agradezco, Señor. Por ser un Misterio inefable, te presto mi boca para llevar este Misterio por todas partes por donde yo vaya.



Idea principal: *Las paradojas* de Dios en esta Nochebuena.

Síntesis del mensaje: Dios hecho hombre. El Eterno descendió al tiempo. El Inabarcable e Infinito cabe en los brazos de María. La Palabra del Padre en silencio. El Inmensamente Rico recostado en un pesebre y envuelto en unos pañales. El Alimentador del género humano pendiente del pecho de María para no morir. El Fuego ardiente de caridad tiritando de frío en esa noche helada de invierno. El Deseado de las naciones rechazado; y como no había lugar para él en el mesón de este mundo humano, tuvo que nacer en una cueva de animales.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿por qué y para qué de esta paradoja? Porque se cumplió el tiempo, el “*kairós*” pensado por Dios desde toda la eternidad para reconquistar al hombre caído y hacerle entrar en la luz (primera lectura). Y todo por pura benignidad de Dios, para convertirnos en pueblo suyo (segunda lectura), para devolverle su gloria y traer la paz tan deseada a toda la humanidad (evangelio). Paz con esa densidad bíblica: bienestar, prosperidad, desarrollo, alegría, justicia. Paz que es armonía entre hombre y hombre; entre hombre y cosmos; entre hombre y Dios. La paz es la definición misma de Cristo, “Príncipe de la paz”. Paz es vida, amor, salvación, donación. “*No apaguemos la llama ardiente de esta paz encendida por Cristo*” (François Mauriac).

En segundo lugar, ¿cómo fue esta paradoja? En la sencillez de los personajes: una doncella humilde y pura; un casto varón, justo y sin dinero; y un niño indefenso toda candor y ternura; unos pastores pobres sin poder, sin influencias ni títulos, que vivían a la intemperie y en vida seminómada. En la sencillez del lugar: no en la

Jerusalén prestigiosa y religiosa, sino en la pequeña ciudad de Belén, lugar del pan; ese pan tierno de Jesús que necesitará cocerse durante esos años de vida oculta y pública, hasta llegar al horno del Cenáculo y Calvario; y llegará a nosotros misteriosamente en cada misa. En la sencillez de la cueva miserable de animales porque los humanos no le dieron posada. En la sencillez de la noche, sin estruendos de cohetes, bengalas y fuegos artificiales.

Finalmente, ¿a cambio de qué esta paradoja? De que nuestros ojos le miren con ternura y le sonrían, y así de nuestros ojos caigan las escamas de nuestras miopías. De que nuestros labios le besen y queden así purificados, libres de mentiras y palabras indecentes. De que nuestros brazos le acojan, y queden bien fortalecidos para sostener al caído en el camino. De que nuestras manos le acaricien y se abran a la generosidad con los que sufren y estén necesitados. De que nuestras rodillas se doblen y le adoren en la oración como Dios y Señor. De que nuestro corazón sea un dulce mesón donde invitar a Jesús.

Para reflexionar: Con san León Magno reflexionemos: “*No puede haber lugar para la tristeza, cuando nace aquella vida que viene a destruir el temor de la muerte y a darnos la esperanza de una eternidad dichosa. Que nadie se considere excluido de esta alegría, pues el motivo de este gozo es común para todos; nuestro Señor, en efecto, vencedor del pecador y de la muerte, así como no encontró a nadie libre de culpa, así ha venido para salvarnos a todos. Alégrese, pues, el justo, porque se acerca a la recompensa; regocíjese el pecador, porque se le brinda el perdón; anímese el pagano, porque es llamado a la vida*” (Sermón I sobre la Natividad, 1-3).

Para rezar: Terminemos con esta oración: “*Niño del pesebre, pequeño Niño Dios, hermano de los hombres. El*

alma se me llena de ternura y el corazón de dicha, cuando te veo así, pequeño, pobre y humilde, débil e indefenso, recostado en las pajas del pesebre. Enséñame, Jesús, a apreciar lo que vale tu dulce Encarnación. Ayúdame a comprender el profundo sentido de tu presencia entre nosotros. Haz que mi corazón sienta la grandeza de tu generosidad, la profundidad de tu humildad, la maravilla de tu bondad y de tu amor salvador. No te pido entender las paradojas de Belén sino de saborearlas con el corazón extasiado en fe y gratitud”.



Idea principal: El motivo profundo de nuestra alegría está aquí: El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Síntesis del mensaje: Navidad es el cumplimiento del viejo sueño de Dios: convivir con el hombre. Ya desde el Paraíso, cuando el Señor visitaba a nuestros primeros padres al caer de la tarde, así como en la tienda de reunión durante la travesía del desierto. Y luego en el Templo de Jerusalén, lugar privilegiado de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Siempre es el mismo intento: habitar entre los hombres. Y ahora ello llega a su plenitud: Dios planta su tienda en la historia. Es Emmanuel, es decir, Dios con nosotros. ¡Alegrémonos, porque hoy es Navidad!

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, por muy preocupados que estemos por los problemas de la vida -¡que los hay!-, y por negro que veamos el panorama social o eclesial -¡que ahí está y nos amenaza!-... escuchemos la voz de la Iglesia mensajera que anuncia esta gran noticia en la santa misa: Dios ha visitado a su pueblo y nos trae su consuelo y su paz (1ª lectura). Una paz sin límites, hecha de justicia y derecho. ¡Alegrémonos, porque hoy es Navidad, y con la Navidad recuperamos el sentido de la vida y la fuerza para afrontar esos problemas de la vida diaria, familiar y laboral, porque Dios en Cristo camina a nuestro lado, que para eso se hizo hombre! ¡Contagiamos el espíritu de la Navidad!

En segundo lugar, por muchas palabras que escuchemos de sirenas engañosas que nos silban prometiéndonos la liberación material, el éxito fácil, la supresión del dolor y angustias, o palabras tentadoras del enemigo de nuestra alma para que claudiquemos en nuestra fe y confianza en Dios al ver tantos desmanes y desastres naturales y humanos... Dios Padre hoy pronunció su última y

definitiva Palabra que es su Hijo. Y esa Palabra encarnada nos ha purificado de nuestros pecados y nos ha liberado de nuestras ataduras, muriendo voluntariamente por nosotros, revistiéndonos de la filiación divina (evangelio) para que llevemos una vida digna y noble (2ª lectura). ¡Alegrémonos, porque hoy es Navidad, y con la Navidad renace la esperanza que no defrauda y nos salva! ¡Contagiamos el espíritu de la Navidad!

Finalmente, por muchas y espesas tinieblas que nos quieren envolver por doquier -ideologías de cuño liberal, marxista, hedonista y pragmático-, hoy una Luz nos brilló (evangelio), y gracias a esta Luz podemos ver todo desde una nueva perspectiva, la perspectiva de la eternidad: las sanas y humanas alegrías, y también las tristezas y dolores; los éxitos conquistados a pulso y honestidad, y también los fracasos injustos; los trabajos bien remunerados, y también los despidos; la salud rebosante y la enfermedad que nos carcome; los momentos de plenitud radiante y los instantes de dudas y perplejidades; la aceptación entre nuestros amigos y familiares, y también el desengaño y olvido en que nos tienen prostrados. Todo desde la luz de Belén se ilumina, se esclarece, recobra sentido. ¿Por qué? Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para experimentar en su propia carne y redimir todas estas situaciones humanas. ¡Alegrémonos, porque hoy es Navidad, y con la Navidad renace la fe que disipa toda tiniebla del corazón y de la mente! ¡Contagiamos el espíritu de la Navidad!

Para reflexionar: ¿Vivo los siete días de la semana, las cuatro semanas del mes y los doce meses del año el espíritu de la Navidad: alegría, paz, victoria, liberación, justicia, filiación divina? ¿Quién quiere robarme el espíritu de la Navidad: este mundo anticristiano, el demonio tentador o mis pasiones bajas? ¿Qué le pediré hoy al Niño Dios que nace en Belén? ¿Y qué le ofreceré yo a

cambio? ¿Contagio el espíritu de la Navidad?

Para rezar: Con toda la Iglesia recemos el gran pregón de Navidad y llenémonos de alegría profunda: *“Os anunciamos, hermanos y hermanas, una buena noticia, / una gran alegría para todo el pueblo. / Escuchadla con corazón gozoso: / Habían pasado miles y miles de años / desde que, al principio, Dios creó el cielo y la tierra / e hizo al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza. / Miles y miles de años habían transcurrido / desde que cesó el diluvio / y el Altísimo hizo resplandecer el arco iris, / signo de alianza y de paz. / En el año 752 de la fundación de Roma; / en el año 42 del imperio de Octavio Augusto, / mientras sobre toda la tierra reinaba la paz, / en la sexta edad del mundo, / hace años, / en Belén de Judá, pueblo humilde de Israel, / ocupado entonces por los romanos, / en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada, / de Santa María la Virgen, esposa de José, / de la casa y familia de David, / nació Jesús, llamado Mesías y Cristo, / que es el Salvador que el pueblo esperaba. / Alegraos, hermanos. / Esta es la buena noticia del ángel: / “Os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor”.*



Idea principal: la Sagrada Familia de Nazaret es modelo, aliento y fuerza para nuestras familias todas.

Síntesis del mensaje: Esta fiesta es reciente y fue establecida hace poco más de un siglo por el Papa León XIII para dar a las familias cristianas un modelo evangélico de vida, virtudes domésticas y de unión en el amor, para que después de las pruebas de esta vida puedan gozar en el cielo de la eterna compañía de Dios y de la Sagrada Familia de Nazaret.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, todos sabemos de los grandes peligros que hoy sufren algunas de nuestras familias, y que puso en evidencia el sínodo extraordinario de la familia en octubre de 2014: familias fragmentadas, heridas, rotas, en necesidades de pobreza, de miseria y de angustia. Dificultades internas y externas. Preocupaciones de tipo laboral y económico; visiones distintas en la educación de los hijos, provenientes de diferentes modelos educativos de los padres; los reducidos tiempos para el diálogo y el descanso. A esto se añaden factores disgregadores como la separación y el divorcio, y el preocupante crecimiento de la práctica abortiva. El mismo egoísmo puede llevar a la falsa visión de considerar los hijos como objetos de propiedad de los padres, que se pueden fabricar según sus deseos. Violencia, abusos, alcohol, drogas, pornografía y otras formas de dependencia sexual. Y también esas situaciones pastorales difíciles: las uniones libres o en segundas nupcias sin haber recibido el sacramento del matrimonio. ¿Qué hacer ante estos desafíos?

En segundo lugar, hoy tenemos que mirar el modelo de la Sagrada Familia para que nos digan el secreto para formar una familia ideal y podamos lanzar luz a

esos desafíos. Cuando Pablo VI estuvo en Nazaret sacó unas notas o lecciones de la Sagrada Familia de Nazaret, a modo de fotografía. *“Primero, lección de silencio. Renazca en nosotros la valorización del silencio, de esta estupenda e indispensable condición del espíritu; en nosotros, aturdidos por tantos ruidos, tantos estrépitos, tantas voces de nuestra ruidosa e hipersensibilizada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la interioridad, la aptitud de prestar oídos a las buenas inspiraciones y palabras de los verdaderos maestros; enséñanos la necesidad y el valor de la preparación, del estudio, de la meditación, de la vida personal e interior, de la oración que Dios sólo ve secretamente. Segundo, lección de vida doméstica. Enseñe Nazaret lo que es la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; enseñe lo fundamental e insuperable de su sociología. Y tercero, lección de trabajo. ¡Oh Nazaret, oh casa del “Hijo del Carpintero”, cómo querríamos comprender y celebrar aquí la ley severa, y redentora de la fatiga humana; recomponer aquí la conciencia de la dignidad del trabajo; recordar aquí cómo el trabajo no puede ser fin en sí mismo y cómo, cuanto más libre y alto sea, tanto lo serán, además del valor económico, los valores que tiene como fin; saludar aquí a los trabajadores de todo el mundo y señalarles su gran colega, su hermano divino, el Profeta de toda justicia para ellos, Jesucristo Nuestro Señor!”.* (Homilía de Pablo VI, 5 de enero de 1964 en Nazaret).

Finalmente, debemos volver una y otra vez al plan originario de Dios para la familia. Es cierto que Dios comenzó su plan arrancando a Abraham del seno de su familia, pero al mismo tiempo le hizo la promesa de un descendiente, de un heredero, Cristo, en torno al cual se formaría la familia perfecta. Y cuando con brazo poderoso

sacó a los judíos del Egipto lo hizo para constituirlos en pueblo, en familia de Dios. Siguiendo la misma línea, Dios constituyó luego la Iglesia –nuevo Israel- al modo de una familia, con un Padre común. Somos de la familia de Jesús. Y en esta familia perfecta está el padre, la madre y los hijos. San Pablo en la segunda lectura de hoy nos da la clave para edificar esta familia de Jesús con un único cemento: el amor mutuo, hecho humildad, afabilidad, paciencia, perdón, paz, gratitud, oración, respeto, obediencia. El padre es la cabeza, la madre es el corazón y los hijos son la corona de esos padres.

Para reflexionar: ¿Qué es lo que más me impresiona de la Sagrada Familia de Nazaret? ¿Qué es lo que con más urgencia nuestras familias deberían aprender de la Sagrada Familia de Jesús, José y María? ¿Cómo debería comportarse la Iglesia con esas familias que están pasando por graves dificultades?

Para rezar: Sagrada Familia de Nazaret: enséñanos el recogimiento, la interioridad; danos la disposición de escuchar las buenas inspiraciones y las palabras de los verdaderos maestros. Enséñanos la necesidad del trabajo de reparación, del estudio, de la vida interior personal, de la oración, que sólo Dios ve en lo secreto; enséñanos lo que es la familia, su comunión de amor, su belleza simple y austera, su carácter sagrado e inviolable. Amén.